

## OJOS DE JUGUETE

B.S Abbadon

—¡Por favor, papá, todos mis amigos tienen uno!

—Ya te he dicho muchas veces que no —respondió el padre tajante—. No lo necesitas, así que no tenemos por qué comprarte uno.

Desde la semana anterior los desayunos se habían vuelto bastante rutinarios, la madre terminaba de preparar los alimentos junto a su esposo y ambos llamaban al niño para comer, este bajaba de las escaleras con rapidez para que se sentaran y juntos vieran la televisión holográfica del centro de la mesa donde un hombre con apariencia azulada por la luz que emitía el rayo que formaba la animación informaba acerca de las noticias más recientes. Al cabo de unos minutos, cuando todos casi terminaban de desayunar, el niño lanzaba la pregunta que muchos otros padres recibían diariamente. “¿Me compran un...?”.

—No quiero que sigas insistiendo a tu padre con ello —dijo la madre un poco más comprensiva con el niño—. Es algo demasiado caro y al no ser una necesidad representaría un gasto innecesario.

—¿Mi felicidad es un gasto innecesario para ustedes? —preguntó el niño molesto mientras tomaba su mochila cápsula y salía de la casa.

La madre suspiró, presionó un botón de la mesa y el desorden que habían dejado fue limpiado en cuestión de microsegundos.

El autobús escolar llegó a su hora y tras mostrar su identificación el niño se colocó en uno de los pocos asientos disponibles, cerca de uno de sus amigos y de un grupo de niños que no dejaban de mirar asombrados a quien rodeaban.

—¿Qué te dijeron tus papás Tavo?

—Lo mismo de siempre, que no lo necesito y que sería un gasto innecesario —respondió Gustavo molesto.

—También a mí, ya me he dado por vencido con ello.

—Yo no —contestó decidido—. No pararé hasta que me compren uno.

Su conversación fue detenida por el grupo de chicos cerca de ellos, sus gritos de emoción y risas hacían imposible apartar la vista de ellos. Gustavo junto a su amigo Raúl quisieron averiguar lo que pasaba y, como lo pensaban, el chico al que el grupo rodeaba tenía lo que ellos tanto deseaban poseer.

—Si se te ocurre algo—dijo de inmediato Raúl—, yo estoy dentro.

En el resto del viaje hacia la escuela Gustavo y Raúl llamaron bastante la atención de los demás pasajeros ya que eran las únicas personas que ignoraban la presencia del chico con su *Biohack*, se les hacía extraño que, aparentemente, no se encontraran interesados por el objeto.

Al descender del autobús el chico con el *Biohack* se detuvo por un momento para preguntarles por su desinterés.

—Es interesante —respondió Gustavo—. Pero no es la gran cosa.

—¿No lo es? —preguntó el chico mientras activaba el *Biohack*.

Algunos de los que descendieron regresaron al escuchar el sonido de activación del dispositivo que causaba furor en la actualidad. Todos miraban asombrados el espectáculo que ofrecía aquel aparato catalogado como la cúspide de la tecnología humana.

—¿Qué tal? —preguntó de nuevo el chico —. ¿No es la gran cosa?

—La verdad es que...—interrumpió Raúl, hablando con sinceridad—. Nuestros padres no quieren comprarnos uno porque dicen que no lo necesitamos.

El chico los miró sonriente, tenía la mirada de alguien que conoce la respuesta al dilema y le hace gracia mirar a otros que no.

—Entonces convéncelos de que lo necesitan...

Antes de irse le dio una palmada en la espalda a Gustavo y apoyo su *Biohack* en el hombro de Raúl.

Durante el resto del día Gustavo no dejó de pensar en las palabras del chico del autobús, sentía que estaba cerca de la respuesta, pero no podía verla con claridad. «O no quiero verla», pensó.

El momento de regresar a casa había llegado, todos se preparaban para abordar sus respectivos autobuses, Raúl se encontró con Gustavo en el lugar de siempre, sin embargo, lo notaba un poco extraño, el menú con el que escogía sus cosas de su mochila cápsula seguía abierto y no paraba de morderse el pulgar, parecía poder llegar a borrar su huella dactilar si continuaba con ese ritmo.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupado por su amigo —. ¿Todo bien?

—Si, solo que estoy nervioso —contestó Gustavo sin quitarse el pulgar de la boca —. Ya sé cómo hacer que nos compren nuestros padres el *Biohack*.

—¡Excelente! —dijo con entusiasmo Raúl —. ¿Qué tenemos que hacer?

—Súbete al autobús, cuando estemos arriba te explico.

Raúl se sentía emocionado, pero no dejaba de sentir que algo estaba fuera de lugar.

Los autobuses por seguridad tenían un mecanismo que hacía que dentro del campus de la escuela el vehículo se moviera entre rieles, fuera de esta área el autobús era conducido por un robot programado para seguir una ruta específica, de esta manera los accidentes se habían reducido casi por completo desde su implementación.

El autobús se detuvo y Raúl junto a Gustavo fueron los primeros en abordarlo, ambos se sentaron en los asientos cercanos al conductor por indicaciones del chico que por fin cerró el menú de su mochila. Raúl no preguntó al respecto, confiaba tanto en su amigo que solo se limitó a esperar a que Gustavo le contara sobre el plan que había ideado.

Mientras iban subiendo los pasajeros Gustavo comenzó a hablar.

—¿Recuerdas la plática que nos dieron los profesores sobre el *Biohack*? Cuando nos lo presentaron.

—Claro, lo más novedoso en tecnología, un milagro moderno lo llamaban.

—Exacto, nos habían explicado las razones de su invención y que por ello había para brazos, piernas e incluso ojos.

—Claro —respondió Raúl confundido—. ¿Pero a qué quieres llegar con ello?

—Que quienes lo necesitan estuvieron en accidentes o eventos catastróficos.

—¿Qué tratas de decir?

Gustavo sacó de su mochila una navaja metálica que por no ser tecnológica pasó los filtros de la escuela. Aquel objeto era un recuerdo de un mundo que se había dejado atrás con la llegada la revolución tecnológica y todos los inventos que trajo consigo.

Con rapidez Gustavo comenzó a cortar algunos cables que enlazaban al conductor con el vehículo, Raúl lo veía sorprendido, el impacto que le generaba lo que presenciaba le impidió moverse y hacer algo para detener a su amigo.

—Sujétate, recuerda que hay que seguir con vida —dijo Gustavo a Raúl al sentarse a su lado.

El vehículo arrancó causando un estruendo que alertó a todos los pasajeros, el autobús estaba a punto de dejar la curva que marcaba el final de los rieles cuando los gritos envolvieron el ambiente, el vehículo no bajaba la velocidad como lo hacía siempre, ahora no dejaba de acelerar en línea recta.

Todo sucedió en cuestión de segundos, el autobús y sus pasajeros solo se detuvieron al impactar contra un enorme árbol, del humo que salía del autobús por el choque salieron un par de personas ensangrentadas, huían del lugar y pedían ayuda para aquellos que seguían dentro sin poder moverse.

—¿Raúl? —preguntó Gustavo, todo estaba oscuro a su alrededor.

Comenzó a tocar todo su alrededor, lastimándose con algunas barras de metal que se habían roto por el choque hasta que sintió algo parecido al brazo de su amigo, solo que este estaba completamente húmedo por un líquido espeso que se secaba con rapidez.

Gustavo comenzó a tocar todo el cuerpo de su amigo mientras esperaba por alguna respuesta que no llegaba, seguía viendo todo oscuro, pero no se detuvo por ello hasta que buscó el pulso de su amigo al tocar su cuello, era demasiado débil y conforme pasaba el tiempo desaparecía.

Fue hasta entonces que decidió tocar su rostro, palpando sus ojos y sintiendo así sus cuencas vacías, solo rellenas por líquidos que jamás había sentido. Por un momento quiso comenzar a

gritar, sin embargo, se detuvo de hacerlo gracias a que recordó cómo eran de populares aquellos con un *Biohack* y ahora él tendría que necesitar dos.

Gustavo esbozó una sonrisa que evolucionó a unas enormes carcajadas de alegría.

—¡Lo logramos Raúl, ahora podremos tener nuestro *Biohack*!

El chico del autobús con el que había hablado durante la mañana se encontraba recuperando la consciencia en la parte trasera del vehículo mientras miraba a quien rebosaba de alegría, la perturbadora imagen de una persona riendo con las cuencas de sus ojos vacías hizo que tapara su boca con el *Biohack*, también conocido como prótesis más allá de lo humano.

*Chicos, quiero que de esta platica recuerden que los Biohack son una ayuda, no un juguete.*

Ese fue el último recuerdo que llegó a la memoria de Raúl, antes de morir escuchando la risa de su amigo.